

JAVERT DESORIENTADO

Javert se alejó lentamente de la calle del Hombre Armado.

Caminaba con la cabeza baja por la primera vez de su vida, y también por la primera vez de su vida con las manos cruzadas atrás.

Hasta entonces Javert, de las dos actitudes de Napoleón, sólo había adoptado la que denota un ánimo resuelto, los brazos cruzados sobre el pecho; érale desconocida la que denota incertidumbre, esto es, las manos cogidas atrás. Habíase verificado en él un gran cambio; toda su persona, lenta y sombría, llevaba el sello de la ansiedad.

Internóse en las calles más silenciosas.

Sin embargo, seguía una dirección.

Tomó por el camino más corto hacia el Sena, llegó al muelle de los Olmos, le costó, dejó tras de sí la Grève y se detuvo á alguna distancia del cuerpo de guardia del Châtelet, en el ángulo del puente de Nuestra Señora. El Sena, entre el puente de Nuestra Señora y el Pont-au-Change á un lado y los muelles de la Mégisserie y de las Flores al otro, forma una especie de lago cuadrado que atraviesa un remolino.

Este punto del Sena es muy temido de los marineros. Nada hay más peligroso que ese remolino, cuya furia aumentaban en aquella época las estacas del molino del puente, hoy demolido. Los dos puentes, tan próximos uno á otro, contribuyen á que sea mayor el peligro, y el agua se precipita de una manera formidable por debajo de los arcos. Acumulándose allí, forcejea contra los postes, como para arrancarlos con gruesas cuerdas líquidas. Los hombres que caen en aquel remolino no vuelven á aparecer; ahóganse allí los más diestros nadadores.

Javert apoyó los dos codos en el parapeto, la barba en las dos manos y, mientras que sus uñas se contraían maquinalmente en las pobladas patillas, se puso á meditar.

En el fondo de su alma acababa de pasar algo nuevo, una revolución, una catástrofe, y había materia para entregarse á un profundo examen.

Javert padecía horriblemente.

Hacia algunas horas que la unidad de objeto había cesado en él. Sentíase turbado; aquel cerebro, tan límpido en su misma ceguedad, había perdido la transparencia; empañaba aquel cristal una nube. Javert conocía que su deber era mostrarse al descubierto y no cabía ya el disímulo. Cuando encontró tan impensadamente á Juan Valjean en el ribazo del Sena, hubo en él algo del lobo que se apodera de nuevo de su presa y del perro que vuelve á hallar á su amo.

Ante sí veía dos sendas, ambas igualmente rectas; pero eran dos, y esto le aterraba, pues en toda su vida no había conocido sino una sola línea recta. Y, para colmo de angustia, aquellas dos sendas eran contrarias y se excluían mutuamente. ¿Cuál sería la verdadera?

Su situación era inexplicable.

Deber la vida á un malhechor; admitir y reembolsar esta deuda; estar, á pesar de sí mismo, mano á mano con una persona perseguida por la justicia, y pagarle un servicio con otro servicio; dejar que le dijese: márchate, y decir á su vez: sé libre; sacrificar á motivos personales el deber, esta obligación general, y sentir en aquellos motivos personales algo de general también y quizá algo de superior; vender la sociedad por ser fiel á su conciencia; la realización de tales absurdos, y su acumulación en él, en su individuo, esto le aterraba.

Habíale admirado una cosa, y era que Juan Valjean le perdonase, y petrificábale la idea de que él, Javert, hubiese perdonado á Juan Valjean.

¿Qué era de su personalidad? Buscábase y no se encontraba.

¿Qué había de hacer ahora? Si malo le parecía entregar á Juan Valjean, no menos malo se le figuraba que era dejarle libre. En el primer caso, el hombre de la autoridad descendía más que el hombre del presidio; en el segundo, un presidiario se sobreponía á la ley y la pisoteaba. En ambos casos el deshonor era para él. Cualquier partido que adoptase, había descenso. El destino tiene ciertas extremidades perpendiculares á lo imposible, más allá de las cuales la vida no es más que un precipicio. Javert estaba en una de esas extremidades.

Aflígale tener que pensar. La misma violencia de todas estas emociones contradictorias le obligaba á ello. ¡El pensamiento! Cosa inusitada para él y que le causaba un dolor indecible.

Hay siempre en el pensamiento cierta cantidad de rebelión interior, é irritábale sentirla en sí.

El pensamiento, sobre cualquier asunto, ajeno al estrecho círculo de sus funciones, hubiera sido para él, en todos los casos, una inutilidad y una fa-

tiga; pero, versando sobre el día que acababa de pasar, era un tormento. Sin embargo, había que examinar la conciencia, después de tales sacudimientos, y erigirse en juez de sí mismo.

Estremeciase, al considerar lo que había hecho, decidiendo, contra todos los reglamentos de policía, contra toda la organización social y judicial, contra el Código entero, poner en libertad á un hombre. Háblele convenido esto; había sustituido sus negocios particulares á los negocios públicos. ¿No era incalificable tal conducta? Cada vez que fijaba la mente en aquella acción sin nombre, acometiale un temblor general. ¿Qué resolución debería tomar? Un solo recurso le quedaba: volver apresuradamente á la calle del Hombre Armado y apoderarse de Juan Valjean. Claro estaba que no debía hacer sino eso. Con todo, no podía.

Algo le cerraba el camino por aquel lado.

¿Y qué era ese algo? ¿Hay en el mundo una cosa distinta de los tribunales, de las sentencias ejecutorias, de la policía y de la autoridad? Las ideas de Javert se confundían.

¡Un presidiario sagrado! ¡Un presidiario que se emancipaba de la justicia por causa de Javert!

¿No era horrible que Javert y Juan Valjean, el hombre hecho para el rigor y el hombre hecho para el padecimiento, ambos sujetos á la ley, hubiesen llegado al extremo de sobreponerse á ella?

¡Cómo! ¡Sucedian atrocidades por el estilo y nadie sería castigado! ¡Juan Valjean, más fuerte que todo el orden social, se veía libre, y Javert continuaría comiendo el pan del gobierno!

Poco á poco su meditación tomaba un carácter terrible.

También hubiera podido dirigir á su conciencia algún cargo con motivo del insurrecto conducido á

la calle de las Monjas del Calvario; pero no pensaba en él. La falta menor se perdía en la mayor. Por otra parte, tratábase de un hombre evidentemente muerto, y con la muerte concluye la persecución legal.

Juan Valjean era el peso que abrumaba su espíritu.

Juan Valjean le desconcertaba. Los axiomas, que habían sido los puntos de apoyo de toda su vida, caían por tierra ante aquel hombre. La generosidad usada con él le tenía agobiado. Recordaba hechos que en otro tiempo había calificado de mentiras y locuras, y que ahora le parecían realidades. La figura del señor Magdalena se bosquejaba por detrás de la de Juan Valjean, superponiéndose ambas, y no formando más que una, que era venerable. Javert sentía penetrar en su alma alguna cosa horrible: la admiración hacia un presidiario. Pero ¿se concibe que se respete á un presidiario? No, y á pesar de eso él le respetaba. Por más esfuerzos que hacía, tenía que confesar, en su fuero interno, la sublimidad de aquel miserable. Esto era odioso.

Un malhechor benéfico, un presidiario compasivo, dulce, clemente, recompensando el mal con el bien, el odio con el perdón, la venganza con la piedad; prefiriendo perderse á perder á su enemigo; salvando al que le había herido, de rodillas en lo más culminante de la virtud, más cerca del ángel que del hombre; era un monstruo, cuya existencia no podía ya negar Javert.

Imposible que esto continuase así.

Imposible es convenir en que él no se había rendido de buen grado á aquel monstruo, á aquel ángel infame, á aquel héroe horrible, que le causaba tanta indignación como asombro. Veinte veces, cuando iba en el carruaje en compañía de Juan Valjean,